

---

# El universo poético de Pedro Salinas

Mario Saavedra

*Pedro Salinas (1892-1951) es una de las voces sobresalientes de la poesía española del siglo XX. Entre sus libros destacan La voz a ti debida, Razón de amor y Largo lamento, entre muchos otros. Exiliado del fascismo, su obra es una de las más conmovedoras de nuestra lengua. Mario Saavedra explora en este ensayo la obra poética del gran bardo madrileño.*

*El alma tenías  
tan clara y abierta,  
que yo nunca pude  
entrarme en tu alma...*

P. S.

No sólo por tratarse del mayor en edad de una de las últimas grandes promociones de la lírica española, tan brillante como prolífica, Pedro Salinas (Madrid 1891-Boston 1951) fue uno de los que encabezó la llamada Generación del 27, a su vez influido notablemente, como los más de sus correligionarios, por la obra de los dos poetas definitivos del no menos trascendental grupo precedente del 98: Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Juan Ramón Jiménez fue de hecho quien editó su primer libro de poemas: *Presagios* de 1923, donde todavía se nota la influencia innegable del gran poeta de Moguer; la conmemoración del tercer centenario luc-

tuoso de Góngora, en el Ateneo de Sevilla, en 1927, acabaría de dar cohesión al grupo, definiendo de igual modo el relativo distanciamiento entre ambas generaciones, en tanto que los jóvenes gongorinos anteponían una preocupación predominante por la forma, un poco a la usanza del culteranismo enaltecido por el propio autor de *Polifemo* y *Galatea*.

En este contexto de revitalización de la lengua poética española surgió la Generación del 27, y de igual modo se perfiló la vena lírica de Pedro Salinas, quien dadas su erudición y su sensibilidad, su rigor filosófico y su indiscutible humanismo, se convertiría en el poeta amoroso por excelencia de su promoción y de toda la lengua castellana. Su refinada vena de poeta amoroso y su profundo conocimiento de la lírica universal, de sus más diversos tiempos, escuelas y corrientes —en sentido estricto, quizás el más “culterano” de todo el grupo—, lo ligan estrechamente con poetas aparentemente muy disímiles:

Manrique, Garcilaso, Quevedo, Góngora, san Juan de la Cruz, Bécquer, Jiménez, Unamuno, Machado, Darío, Huidobro, Mallarmé, Valéry hasta con los surrealistas.

La vida de Salinas fue investigar, servir y enseñar, como uno de los grandes académicos de la literatura y sobre todo la poesía castellanas en otras lenguas y en las más prestigiadas universidades. Por ello no resulta sorprendente que haya dedicado su vida, por el camino más viable dado su espíritu pasional, a buscar el cómo explicarse y obtener por completo la dicha máxima: el Universo de los infinitos, el Amor universal, el Universo amoroso. No se cegó en la forma para perderse en los rigores de la versificación pulquérrima pero fría e insípida, como algunos de sus condiscípulos (Jorge Guillén, por ejemplo); vivió intensamente con y no por y para la literatura..., el objeto amado, como dice alguna rima de Bécquer, es la poesía misma, y el amor incitó y condujo de la mano a este poeta iluminado por la que fuera su gran odisea: descifrar y explicarse los mayores enigmas del Universo, por la vía del amor en vilo, de la búsqueda de los complementarios...

Pedro Salinas, como los demás miembros de su grupo, ha sido considerado básicamente como un poeta conceptualista, limitada aseveración que sedujo al propio Ortega y Gasset. Al margen de cualquier pobre encasillamiento, la obra poética y crítica de este talentoso polígrafo se sustenta y se explica sobre todo a partir de su condición o talante de humanista sabio y visionario, de su cultura enciclopédica, de su afán por conocer y saber los mayores enigmas existenciales de nuestra condición. Un escritor considerado clásico, ya desde antes de dejar este mundo.

Aunque *Seguro azar*, de 1929, marca la madurez poética de este escritor español, es *La voz a ti debida*, de 1933, creo, el libro que ya nos introduce de lleno en la vena más auténtica y personal de su creación, aquel en el cual empieza a transitar por ese Universo que se le torna en ocasiones inaprensible y en otras inasible. En este poemario se integran como cauces complementarios los temas primordiales de la obra saliniana: el amor y los enigmas del Universo, ambos vaciados en ese espacio de creación que en sí mismo representa un microcosmos de insospechados hallazgos y búsquedas... la dimensión y los alcances infinitos del amor, único medio expedito para propiciar la obsesión primordial de un poeta que persigue nombrar y aprehender los enigmas del Universo, con todas sus posibles interrogantes y respuestas...

*La voz a ti debida*, libro de poemas, o mejor sería decir libro de un gran poema, constituye la clave esencial para entender la búsqueda incansable de Salinas por un sendero reboante de sorpresas inimaginables para el lector. El amor aquí se hace vendaval que llama a los grandes descubrimientos en una constante ensoñación; lo in-

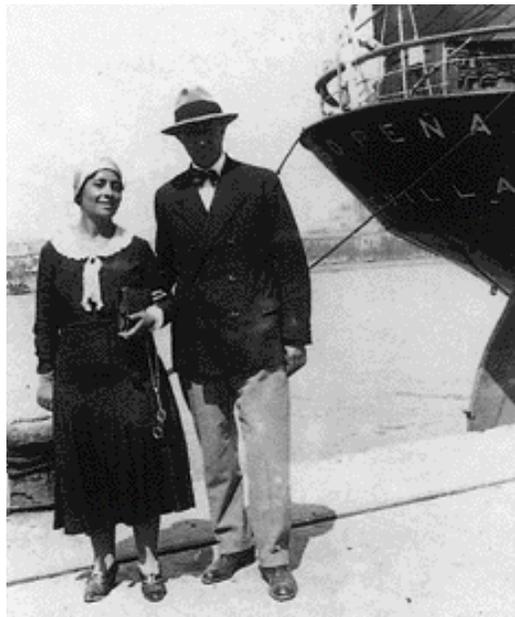
significante se manifiesta vital y las miniaturas crecen como pequeños mundos que contienen a su vez un sinfín de incógnitas, de materia de conocimiento. El contacto con la amada lleva al poeta ante la puerta que lo introduce en ese gran éxodo que es el amor, por otra parte el único camino factible para la reivindicación del Universo. Entonces el amor no es nada místico para Salinas, como lo han querido ver varios críticos (entre ellos, Spitzer), sino más bien toda sensualidad, todo erotismo, toda posesión del objeto amado. Así, el recuerdo, la evocación de esas inefables sensaciones que son la materia del acto amoroso, se convierte en motivo de vida, de un constante placer que en ocasiones, ¡oh, desgracia!, se vuelve patético. El amor responde en Salinas más bien a la tradición poética española, a un amor en constante suspenso por voluntad propia, por lo que se le liga estrechamente a Jorge Manrique; poeta renacentista pero de esencia todavía medieval, a él dedicó un extraordinario ensayo crítico (*Jorge Manrique: Tradición y / o originalidad*) que se considera uno de los más lúcidos sobre el autor de *Coplas a la muerte de mi padre*.

La voluntad se erige como el elemento imprescindible en la vida y la obra del poeta matritense, cuya necesidad constante de encarar al destino lo lleva a sobrepasar sus restricciones desvitalizadoras, en un afán imperioso por salvar, como un acto heroico, el Universo entero. ¡Qué lejos estaba Ortega y Gasset en su aseveración sobre la personalidad del poeta, al tacharlo de deshumanizado y preso de la forma! Dicho acto de voluntad Salinas únicamente lo podrá realizar a partir de su instrumento de trabajo: el lenguaje, pero no vacío sino, por el contrario, pletórico de significados, de intenciones. Si hay un libro humano, ése es *La voz a ti debida*, un complejo esquema de desdoblamiento y de presencias.

Su cercano amigo y condiscípulo Jorge Guillén percibió un cambio sensible de discernimiento en la segunda etapa compuesta por *La voz a ti debida*, *Razón de amor* y *Largo lamento*, al no mostrar ya un impulso por entenderse como centro del Todo, como sucede en la primera que componen *Presagios*, *Seguro azar* y *Fábula y signo*—entonces todavía ligado estrechamente a Jiménez—, sino como una migaja más de un mundo en permanente cambio y eclosión. El acto amoroso y el acto poético, ligados para un fin último del poeta, lo rebasan, pues la poesía y el amor se explican mutuamente. Poeta del alma, como el propio Guillén le llamó, reconocía en la lírica tres elementos insustituibles: la autenticidad, la belleza y el ingenio, y esos tres rasgos distintivos en su lírica establecen otro nexo indiscutible con el más purista, sensible y agudo Juan Ramón Jiménez. Aparte de la huella innegable de su maestro en esa primera etapa, también se reconocen en ella los nuevos caminos vanguardistas del ultraísmo y el futurismo; es decir, junto a textos herederos de la llamada “poesía pura” que persi-



Pedro Salinas con su esposa e hijos, Alicante, 1927



Pedro Salinas y su esposa Margarita, Sevilla, 1928

guen la belleza y el absoluto, se encuentran otros que actúan como testimonio de un mundo en vilo, mecanizado, urbano e irracional. No faltan aquí tampoco, sin embargo, poemas amorosos que anuncian ya su segunda etapa:

No me fio de la rosa  
de papel,  
tantas veces que la hice  
yo con mis manos.  
Ni me fio de la otra  
rosa verdadera,  
hija del sol y sazón,  
la prometida del viento.  
De ti que nunca te hice,  
de ti que nunca te hicieron,  
de ti me fio, redondo  
seguro azar.

Consolidación definitiva del poeta, su segunda etapa, integrada por sus dos obras maestras ya referidas *Razón de amor* y *La voz a ti debida*, constituyó la indiscutible plenitud lírica de un escritor cuya búsqueda de la perfección lo condujo por caminos no pocas veces ásperos y sinuosos, en el entendido de que la poesía debe representar, si se asume con convicción y sinceridad plenas, el más cierto de los actos de irrevocable desnudamiento personal:

Mundo de lo prometido,  
agua.  
Todo es posible en el agua.

Apoyado en la baranda,  
el mundo que está detrás  
en el agua se me aclara,  
y lo busco  
en el agua, con los ojos,  
con el alma, por el agua.  
La montaña, cuerpo en rosa  
desnuda, dura de siglos,  
se me enternece en lo verde  
líquido, rompe con cadenas,  
se escapa,  
dejando atrás su esqueleto,  
ella fluyente, en el agua...

El amor pasa aquí a ser exclusivo protagonista, siempre visto desde un punto de vista interior y a partir de hechos reales trascendidos y universalizados. Ambos libros forman una unidad consecutiva que describe la plenitud del amor en el primero, hasta la despedida de los amantes y su evocación en el segundo. El poeta no sólo canta a la amada sino a través de ella, porque ella es la creación del propio "Yo" y su consecuente "Unicidad" al fundirse ambos en un solo ser. Entonces la hondura del sentimiento amoroso se torna insuperable y llega a dar sentido al mundo, y de él transmitirá lo permanente, lo esencial, no lo anecdótico y particularista:

Por eso los amantes  
se prometen los siempre  
con almas y con bocas.  
Viven de beso en beso  
rodando, como el mar

se vive de ola en ola,  
 sin miedo a repetirse.  
 Cada abrazo es él, solo,  
 único, todo beso.  
 Y el amor al sentirlo  
 besa, abraza sin término,  
 buscando  
 un más detrás de un más,  
 otro cielo en su cielo.  
 Suma, se suma, suma,  
 y así de uno más uno,  
 a uno más uno, va  
 seguro a no acabarse:  
 toca  
 techo de eternidad.

El poeta logra salir al Universo después de esa búsqueda incesante, en el acto mismo de poseer a la amada, aunque la dolorosa separación —un constante dolor vedado, como lo destaca Igor Caruso en su medular tratado *La separación de los amantes*, en el que realiza un análisis sobre la dolorosa ruptura de Tristán e Isolda— represente un temor continuo; de todos modos, el ser incompleto ya se hizo absoluto, ya no constituye un cuerpo deshabitado, pues el recuerdo suscita a cada instante la posesión. En Salinas no queda desilusión o rencor alguno después de la partida de la amada, sino el vacío propio de la soledad, el de tener que iniciar una nueva búsqueda; aunque el recuerdo traiga consigo la posesión, esa posesión no es materia sino espíritu. El poeta, sin embargo agradece, ya que por la vía de ella, la puerta que lo introduce a lo desconocido se dispondrá a conocer todos los misterios que el Cosmos alberga: ella es la única poseedora del orden y de la armonía, en medio del caos y la desolación.

Los sueños llenan la obra de Pedro Salinas, y como en el caso de Marcel Proust (uno de sus últimos propósitos fue traducir la novela río del escritor francés: *En busca del tiempo perdido*, labor que dejó inconclusa en el cuarto volumen, *Sodoma y Gomorra*), representan un vehículo para introducir las percepciones sensoriales que a su vez se trocan en obra de arte. Pero la amada fue un sueño que el poeta pudo tocar, aunque ahora yazga en la tumba del recuerdo. Y es que el poeta traspone el amor a través de la ensoñación, estado apto para la creación poética. En su estudio sobre Manrique, básicamente de las *Coplas a la muerte de mi padre*, por ejemplo, se refiere al pensamiento que, como hecho mental, se transmuta en sueño, en realidad espiritual de otro tipo o grado, y que es al fin de cuentas la que sirve de materia a la creación poética. Es ese estado un vínculo muy estrecho entre Manrique y Salinas; el amar y el servir se equivalen haciendo de la servidumbre el estado natural del amor para estos dos. El poeta sueña poseer a la

amada, la posee y, de esta manera, descifra los enigmas del Universo; es así como sirve a su dicha y a la humanidad entera.

Las cosas vuelven a tener gusto y significado gracias a la amada, la única capaz de hacer que un pasado se recupere y en la cual se encuentra el Todo, como en estos versos de *La voz a ti debida*:

¡Ay!, cuántas cosas perdidas  
 que no se recuperaron nunca.  
 Todas las guardabas tú.

La voz ha encontrado entonces eco gracias a la amada; la alquimia del lenguaje ha redescubierto su poder por ella, quien pronuncia las palabras y por primera vez las significa. Sin ella todo se tornaría trágico, las cosas no se llamarían de ninguna manera y entonces él no podría nombrarlas; la amada aparece y el mundo recobra sentido, un sentido profundo e infinito. ¡Qué importante es el nombre para darles significado a las cosas, para conferirles un matiz único e irrevocable (otro punto de enlace con Proust, quien tituló al primer capítulo de su primera novela *Por los caminos de Swann*: “Nombre de tierras: El nombre”, y para quien también el nombre significaba más que la misma cosa a la que designa), como lo describen estos versos de *Razón de amor*, de 1936:

Pero tu nombre, ¿quién,  
 dime, quién va a borrarlo,  
 si en nada se lee,  
 si no lo ha escrito nadie,  
 como lo digo yo,  
 como lo voy callando?

Claro, el poeta ha significado el nombre de la amada, lo ha llenado de contenidos, y cada vez que lo pronuncia vuelve a darle vida, a disfrutar los inefables momentos de placer. Ese nombre —¡qué dicha repetirlo una y otra vez!—, es el Todo, ése que el poeta hace suyo cada vez que lo nombra. Esa búsqueda incesante y algo ciega del objeto amado fue su mayor pasión, fin al cual dedicó toda su vida poética.

Salinas observa, pero también cierra los ojos para penetrar las cosas, para comprenderlas con el entendimiento. Su devoción, descrita por el escritor en su poema “Vocación” del libro *Seguro azar*, quizás el más personal por significar una síntesis de su poética, se logra del todo al alcanzar lo que se había propuesto con todo ahínco y tal perseverancia: el aprehender el Universo y hacerlo poesía... Salinas consigue su cometido a través de un amor consumado y constantemente revivido por el recuerdo; la amada es vital —la conceptualización no es más que un espejismo, una salida fácil para aquellos críticos que no han profundizado lo suficiente en ese com-

plejo mundo poético saliniano, el propio de un poeta hermético—, es de carne y hueso, aunque el fin último en la poesía de Salinas no sea siempre poderla tener físicamente sino lograrla como totalidad, como un ser completo: cuerpo y alma, destinos constantes en la poesía lírica española. El poeta atribuye, otorga a la amada, instrumento del amor, cualidades infinitas comparables sólo a las del Ser Supremo. Por ese canal se aprehende el mundo a través de los sentidos, se eleva al esquema de la razón y desciende nuevamente en apreciación artística. Por ese conducto, la única fuerza de ascensión para Salinas, la sombra del poeta, encuentra su otra parte, su otredad inextinguible, a prueba de todo cataclismo. Es entonces cuando la plenitud se hace Universo y el Amor podrá, en toda su capacidad, atraer, descifrar, obtener el Cosmos entero. Estas dos mitades se hacen unidad indivisible, parte de un todo: unidad del amor, de la vida que se centra en el deseo imperioso por conocer nuestra otra mitad; estas dos mitades van a permitir que la sombra se convierta en cuerpo, en cuerpo-espíritu.

La tercera y última etapa de la poesía de Pedro Salinas se inició con el exilio y la componen *El contemplado* de 1946, *Todo más claro y otros poemas* de 1949 y su libro póstumo, de 1955, *Confianza*. En ella sí se llega a dar una irrupción progresiva del objetivismo y una actitud solidaria con el hombre que desembocó finalmente en un optimismo machadiano. Quienes se han limitado a tacharlo de conceptista ingenioso han afirmado que, más allá de prolongarse esta condición, en este periodo de cierre se produjo un considerable e importante cambio de su poética, al pasar de una poesía deshumanizada y vanguardista —en la línea de lo expresado por Ortega y Gasset en su vital ensayo *La deshumanización del arte*, que me parece en Salinas nunca se consumó dado su talante humanista— a otra más humanizada y preocupada por el dolor y los problemas del mundo. En oposición a esta tesis que considero extremista para valorar la obra de un dotado poeta profundamente lírico, en la acepción más “pura” del término, valdría la pena decir más bien que el primer humanismo de Pedro Salinas responde sobre todo a quien es capaz de hablar sobre el amor desde su única experiencia personal, mientras que en el último periodo de su poesía —tras el tamiz del exilio y sus consecuencias— se volcó a otros temas sociales y políticos antes apenas accidentalmente esbozados:

Y ahora, aquí está frente a mí.  
Tantas luchas que ha costado,  
tantos afanes en vela,  
tantos bordes de fracaso  
junto a este esplendor sereno  
ya son nada, se olvidaron.  
Él queda, y en él, el mundo,  
la rosa, la piedra, el pájaro,



Pedro Salinas, Vermont, 1950

aquéllos, los del principio,  
de este final asombrados.  
¡Tan claros que se veían,  
y aún se podía aclararlos!  
Están mejor; una luz  
que el sol no sabe, unos rayos  
los iluminan, sin noche,  
para siempre revelados.  
Las claridades de ahora  
lucen más que las de mayo.  
Si allí estaban, ahora aquí;  
a más transparencia alzados.  
¡Qué naturales parecen,  
qué sencillo el gran milagro!  
En esta luz del poema,  
todo,  
desde el más nocturno beso  
al cenital esplendor,  
todo está mucho más claro.

También autor de las obras teatrales *Judith y el tirano*, *El dictador*, *La fuente del arcángel* y *La cabeza de la medusa*; de los libros de narraciones *Vispera de gozo* y *El desnudo impecable*; de la importante novela *La bomba increíble*, y de los medulares estudios *Literatura española del siglo XX*, *Jorge Manrique: Tradición y/o originalidad*, *La poesía de Rubén Darío*, *El defensor* y *Ensayos de literatura hispánica*, títulos todos éstos que re velan una gran erudición y la carga lírica propia de un polígrafo de enormes alcances, Pedro Salinas trascenderá sobre todo por su obra poética de meridianos rigor estilístico y sensible elocuencia. ■

# Libertad sin esperanza

René Daumal

Nota y traducción de Jorge Lebedev

*A René Daumal se lo recuerda, sobre todo, por El monte análogo, su novela inconclusa y póstuma, cuya traducción al castellano se conoció por primera vez en Buenos Aires (Editorial Mondouevro, Entregas del A Bao A Qu, 1961) y es cada tanto plagiada por abusivos fabricantes de libros. Esta intermitente permanencia en la memoria de los lectores y en los anaqueles del comercio revela, al mismo tiempo que la perdurabilidad de la obra del escritor nacido en 1908 en Boulzicourt (Ardenas, Francia), el equívoco reconocimiento de algunos de sus admiradores. Relato “iniciático” que describe las aventuras de un extravagante personaje que parte en busca de la montaña donde se unen la tierra y el cielo, El monte análogo constituye sin duda un viaje anclado en referencias simbólicas; tampoco resulta ajeno a una personal vivacidad narrativa, aunque a menudo suela conectar con las inquietudes astrales de un primario orientalismo reactivado por el fracaso de las ideologías modernas.*

*La experimentación de Daumal no pertenece, sin embargo, a esta categoría; conocedor temprano de las teorías de Hegel y de la filosofía hindú (aprendió sánscrito en la adolescencia y tradujo luego varios libros fundamentales del budismo), sus reflexiones parten de la “evidencia absurda”, del “escándalo de la separación” y del estado de sueño que caracteriza la vida de los hombres. Buceó sin concesiones en la búsqueda de un camino unificador de lo Absoluto, que superara la escisión entre conciencia y mundo. En ese recorrido conoció la experiencia de la droga, que abandonó tempranamente, y también a George Ivánovich Gurdjieff, un excéntrico caucasiense que predicaba el saber oculto y las enseñanzas*

*del Cuarto Camino en una lujosa mansión de las afueras de París. Con Gurdjieff mantuvo esporádicos contactos; nunca se separó, en cambio, de los entendimientos metafísicos de su maestro Jarry; más interesado por la ciencia de lo particular, por el estudio de las leyes que rigen las excepciones.*

*Los reclamos del espíritu —que en algún punto lo acercan a una perspectiva camusiana— no introdujeron a Daumal sólo en la indagación filosófica; nunca abandonó la poesía, que ejerció hasta sus últimos días. Usó versos secos y cortantes, a veces rocosas imágenes surreales extraídas de las bóvedas de la desesperación: el grito de la negativa de ser nada, la atracción de los pájaros muertos, de los barcos que perdieron sus colores, el polvo de las rutas, la ausencia de compañeros de exilio concilian, empero, con la transparencia de “Hechos memorables”, iluminación sin duda memorable. No se ha registrado todavía un reconocimiento merecido de la poesía de René Daumal.*

*En 1928 fundó la revista Le grand jeu junto a sus amigos Rolland de Renéville, Roger Vailland y Roger Gilbert-Lecomte; la publicación duró tres números en plena etapa de ebullición del movimiento surrealista, con el que el grupo mantuvo sucesivos momentos de acercamiento y beligerancia. Todo fue intenso, breve y prismatico en la vida del poeta: murió de tuberculosis a los treinta y seis años. El ensayo “Libertad sin esperanza” aparece recogido en el volumen Chaque fois que l’aube paraît (NRF, París, 1953); “Hechos memorables” se incluye en Poésie noire, poésie blanche (NRF, París, 1954). Ambos textos permiten aproximarse a las tensiones íntimas de un autor cuya existencia no pasó en vano.*

El ojo hundido y brillante ve puertas por todas partes, y el hombre se arroja hacia ellas con la frente alta. Observa el cielo vacío y el espacio libre. Cada objeto representa la señal de una potencia. Pero, ¿qué va a elegir? Dioses tiránicos vienen a guiarlo y solicitarlo: deseo, interés, amor, belleza, razón. Se propone elegir libremente y por sí mismo. No quiere aceptar ningún motivo que justifique la acción. Una meta resulta para él un amo. Quiere desear por desear. El “acto gratuito” es —dice— el único acto libre, y la voluntad que decide libremente un acto, no guiada por la razón ni dirigida hacia un fin, el único valor que puede alojarse en el alma.

Es aquí donde comienza a morir el espíritu de rebelión, pues desde que creyó descubrir en sí mismo una ruta para explorar, una nueva realidad para alcanzar, las acciones se vuelven indiferentes y el universo extraño. El que ha llegado a este punto se mueve en el mundo y ejercita las acciones propias del hombre con un pensamiento constante: “Puesto que soy diferente de todos estos seres, mis semejantes en apariencia; puesto que soy un ángel y que sólo eso me importa, ¿por qué obrar de un modo distinto?”. Observa al mismo tiempo que obrar contra una ley significa obrar todavía según esa ley; que obrar *s i s e* emáticamente contra el deseo significa aun obedecerlo. Es la atracción de la tierra la que hace que la pelota se aleje de la tierra. Este hombre, que cree ser un disfraz, en cada uno de sus actos se dice con una risa interior: “Sí, obro verdaderamente como un hombre”.

Él no ríe de sus acciones con la risa abyecta de un vencido, sino con la risa desesperada de quien, dispuesto a suicidarse, ha juzgado luego inútil apretar el gatillo. El divorcio con el mundo hace que el mundo se vuelva indiferente al espíritu, a menudo próximo a la desesperanza; pero se trata de una desesperanza que ríe del mundo. Si el espíritu se separa de las cosas, al mismo tiempo el cuerpo se separa de los otros cuerpos; su rigidez lo aísla y cubre el rostro con la máscara muscular de la ironía. El rebelde cree haber encontrado la paz, a menudo cree conservarla durante toda su vida, pero se halla encerrado en una máscara rígida de desprecio. El espíritu toma el hábito de decir a todo lo que padece o practica el cuerpo: “No es importante”. Y el hombre cree haber encontrado la salvación. La existencia y los bienes de este mundo pierden su valor, nada hay que temer y el alma continúa su búsqueda de la pureza en esta rigidez del orgullo, la del estoico.

Una sola cosa importa, dice el hombre que ha llegado hasta allí, y es la paz interior. Cree obtenerla por esa tensión de la voluntad que se niega a participar en la vida humana. Pero nada puede enriquecer el alma en el exilio; ella no hizo otra cosa que replegarse sobre sí misma y, en su prisión abstracta, se separó tanto del cielo como de la tierra. El pesado tedio y la sequedad, con sus cortejos de tentaciones, le harán sentir su inmovilidad y su sueño.



René Daumal

Una noche, el hombre se asoma a su ventana y observa el campo. Objetos pálidos y hormigueantes, nieblas o espectros salen de las tierras labradas y se deslizan hacia las casas; un gato imita el canto de muerte de un niño que está siendo estrangulado, y los perros bajo el claro de luna reencuentran en el fondo de sus gargantas la voz poderosa de los lobos de la estepa. El hombre, en su ventana, siente crecer monstruosamente un salvaje deseo animal de ir también él a aullar y danzar bajo el claro de luna, de correr tiritando con la luz glacial, y de aventurarse hasta las casas para espiar el sueño de los hombres y robar quizás a un niño dormido. Un animal, un lobo renace en él y crece, inflama su garganta y su corazón. Se va a poner a aullar. ¿No? ¡Él es fuerte! Con un gesto brusco se echa hacia atrás, cierra la ventana y quiere convencerse de que se trata de una ensoñación. Sin embargo, algo se crispa en la cavidad de su estómago como antes,